

BIBLIOGRAFÍA

Desde la Casona

Paseos y Excursiones por tierra segoviana, por el Conde de Cedillo.—Madrid, Hauser y Menet, 1931.—164 páginas y 23 láminas.

NUESTRO ilustre compañero el Conde de Cedillo, hoy decano de la Academia, presentó en una de las pasadas Juntas el libro cuyo título antecede, y del cual quedé encargado de informar.

Apenas comenzada su lectura surgieron en mi mente remembranzas de lejanos días, aquellos en que al calor de las Exposiciones Históricas, con que espléndidamente celebró España el IV Centenario del descubrimiento de América y ante las riquezas arqueológicas y artísticas allí acumuladas, representativas de nuestra Historia, se despertó el deseo de estudiarlas y al propio tiempo el de visitar por recreo de ojos y enseñanza artística las viejas ciudades que tales muestras presentaban de su pasada grandeza. Estos designios inspiraron a tres entusiastas admiradores la idea de fundar la Sociedad Española de Excursiones, lo que realizaron en febrero de 1893. Dichos tres émulos del abate Ponz, de Piferrer, Parcerisa y Quadrado, fueron: don Enrique Serrano Fatigati, nuestro inolvidable compañero don Adolfo Herrera y el Vizconde de Palazuelos, hoy Conde de Cedillo, único superviviente de los tres y por derecho propio actual Presidente de la Sociedad, la cual

ha publicado ya cuarenta tomos de su *Boletín*, que contienen gran copia de trabajos eruditos de los socios, con bellas fototipias de la riqueza artística de España.

Con aquel mismo entusiasmo, no amortiguado, el Conde de Cedillo nos ofrece en su libro el fruto, sabroso por cierto, de las excursiones que privadamente ha realizado por tierra segoviana, y que en estilo llano y con ingenua expresión familiar ha laborado en sus ocios veraniegos *desde su Casona* solariega de Hoyuelos.

La mención de este pueblecillo aparece a guisa de prólogo, con la obligada noticia de la propia Casona-Palacio, con su portada plateresca y de la iglesia parroquial, que la conserva románica y cabecera gótica. Diez lugares más corresponden a otros tantos capítulos; y aun por vía de epílogo torna el narrador a Hoyuelos para describir sus típicas fiestas de Santa Agueda. Consultando los archivos parroquiales y municipales traza la historia de esos pueblos y de sus monumentos, que describe puntualmente, como también las obras de arte que las iglesias conservan.

Da obligada preferencia a Santa María la Real de Nieva, villa a la que, tanto con relación al arte de su iglesia y convento, declarados Monumento Nacional, considera acertadamente "a manera de capital de una pequeña comarca". Es este capítulo, el más extenso de todos, una sustanciosa monografía. En ella hace notar, por lo que al arte se refiere, la singularidad, ya advertida por otros tratadistas, de que siendo fundación debida a la reina doña Catalina de Lancaster, esposa de don Enrique III, la iglesia y convento de Dominicos, cuya construcción, por tanto, como prueba Cedillo, no comenzó antes de fines del siglo XIV, ni fué terminada hasta entrado el XV, hace notar, repito, el efecto desconcertante que produce el extraño arcaísmo que se manifiesta en el claustro, con sus columnas pareadas, y sobre todo sus capiteles historiados, de marcado recuerdo románico. Caso notable, pero no único, de supervivencia re-

gional de un estilo que con gran pujanza dominó en aquellas tierras.

La excursión a Martín Muñoz de las Posadas permite al narrador dar primeramente a conocer la iglesia parroquial con su bella portada *de las Procesiones*, en estilo gótico flamígero; descubrir en los libros de fábrica los nombres, antes ignorados, de los artistas que a fines del siglo xvi tallaron el retablo mayor, y dedicar especial atención a dos joyas artísticas de primer orden: el enterramiento marmóreo del cardenal Espinosa, cuya magnífica estatua orante es obra del famoso escultor italiano Pompeo Leoni, y una *Crucifixión* que el investigador señor García Rey ha probado documentalmente es obra del *Greco*.

Después se ocupa del palacio allí subsistente, que mandó hacer el citado cardenal Espinosa y fué construído por el famoso arquitecto Juan Bautista de Toledo. Aunque algo arruinado este importante edificio, recientemente declarado histórico-artístico, muestra su clásica portada y en el patio doble juego de arquerías en el lado de que arranca la escalera, denotando en todo la magnificencia de la fábrica, que no fué terminada hasta 1572.

Hace mención, en Paradinas, de un grande pavimento romano de mosaico, de dibujo ornamental, que por su carácter me parece de época decadente. En Melque de Cercos descubre un ejemplar interesante —la iglesia antigua— del estilo llamado románico, de ladrillo, en el que forzoso es reconocer mano de moros. Del genuino románico segoviano reconoce ser la ermita de San Miguel de Párraces, que aun desfigurada conserva elementos y detalles típicos, incluso la arquería cegada de su pórtico; e igualmente la ermita de Balisa y la iglesia de Juarros de Voltoya, ambas con sus portadas características.

De los tiempos románicos data la abadía de Párraces, cuya historia reconstituye detalladamente el narra-

dor; pero viendo luego que reconstruído más tarde y desfigurado modernamente el ex monasterio, lo que de él subsiste es casi todo del siglo XVI y de escasa importancia. Al regresar de esta visita un tanto decepcionado y detenerse en el pueblecillo de San García, halla en la iglesia, que data del siglo XVII, un buen cuadro que representa el *martirio de San Bartolomé*, original del pintor Bartolomé Montalvo, allí nacido en 1769.

Con una breve mención de Aragoneses, donde lo que llama la atención es la torre de la iglesia, del siglo XVI, termina la narración de las excursiones.

Desentrañar y compulsar las historias locales en relación con la general y examinar los testimonios tangibles de ellas, muestras ignoradas y partes dispersas de los estilos que forman el proceso del Arte, es el modo más provechoso de contribuir al conocimiento exacto del pasado. Tal se propuso y ha realizado, tan modesta como acertadamente, en esa región segoviana, nuestro querido compañero, añadiendo este nuevo mérito a los muchos que le reconoce la Academia.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.